



Capítulo 2 – El claro y la promesa

El alba deshilachaba su luz sobre las grietas de piedra, tiñendo de ámbar el perfil de las colinas y prolongando las sombras como dedos largos sobre el terreno pedregoso. Sira Thayn había dormido mal, arrullada por el silbido incansable del viento entre las rocas. La noche no le había traído consuelo ni sueño profundo, pero sí le había regalado un instante de calma, suficiente para que su mente ordenara los recuerdos, los mapas interiores, las rutas posibles. El viaje no había hecho más que comenzar, y sin embargo ya sentía cómo la soledad pesaba en los bordes del pensamiento, afilando la cautela y templando el propósito.

Se incorporó despacio, deshaciendo el abrigo de piel con dedos adormecidos por el rocío. La pradera gris verdosa que se extendía ante ella descendía en suaves curvas hasta una zona baja, donde un bosque

tupido se alzaba como una muralla vegetal. Más allá del bosque, intuía la existencia de una región de colinas y valles erosionados, tan antigua como los símbolos grabados en su colgante de cobre. El recuerdo de su hogar —las casas de piedra cubierta, los caminos de arcilla, el humo blanco que se alzaba cada tarde desde los hornos comunales— pareció diluirse con la claridad del día. Ahora solo quedaba el frente abierto, la inmensidad aún por explorar.

Tomó su lanza con naturalidad, como quien alarga la mano hacia una extensión de sí mismo. El asta, hecha de madera negra y anudada por el uso, estaba rematada por una punta de sílex trabajado con precisión paciente. Era un arma, sí, pero también una herramienta y un símbolo. Su padre se la había dejado antes de morir, y su peso en la espalda le recordaba no solo la fragilidad del cuerpo, sino la persistencia de las decisiones bien tomadas. A su cintura pendía la pequeña honda de cuero trenzado, enrollada con esmero: discreta, eficaz, más peligrosa de lo que muchos imaginarían.

Descendió con paso firme por la ladera, tanteando con la vista los lugares donde el terreno ofrecía cobijo o emboscada. Cada sombra era una historia potencial; cada piedra, un posible obstáculo. Se movía como un animal salvaje, no por impulso, sino por instinto bien educado. Su objetivo era claro, y aunque el mapa mental era vago, el colgante que llevaba al cuello —heredado de su madre y cargado con un símbolo en espiral— le marcaba una dirección innegociable: hacia la Meseta de los Pilares, más allá de las zonas transitadas, donde los rumores hablaban de estructuras antiguas que resistían el paso del tiempo como testigos dormidos.

El mediodía llegó sin sobresaltos, pero con el hambre picando ya en la boca del estómago. No había rastro alguno de asentamientos ni de animales grandes, solo un par de liebres que se esfumaron entre los matorrales antes de que Sira pudiera levantar la lanza. No valía la pena malgastar fuerzas en una persecución inútil. Optó por cambiar de dirección, desviándose ligeramente hacia el este, donde el terreno comenzaba a descender y el aire traía consigo una humedad particular. No tardó mucho en oírlo: el murmullo rítmico, familiar, tranquilizador de agua corriendo. Un río.

Se acercó con precaución, escudriñando la vegetación en busca de huellas, madrigueras, señales de depredadores. El cauce era más ancho de lo que esperaba: no un arroyo sino un verdadero brazo de agua que se deslizaba entre piedras pulidas y raíces de árboles retorcidos. En la orilla opuesta, un grupo de aves pequeñas alzó el vuelo, espantadas por su presencia. Aquello era bueno: significaba que el río no estaba completamente muerto.

Aprovechó la quietud para instalar un pequeño campamento improvisado bajo la protección de un almez de ramas arqueadas. Con ramas secas y algo de corteza de abedul, logró encender una llama baja, suficiente para calentar agua y preparar algo con las provisiones secas que aún conservaba. Pero sabía que eso no duraría, y el río ofrecía una oportunidad que no podía despreciar.

Buscó entre sus cosas una línea de pesca rudimentaria y se adentró, descalza, en la parte baja del cauce. El agua estaba helada, y le dolieron los tobillos al primer contacto, pero pronto la incomodidad dio paso a una atención plena. Sira se quedó inmóvil, apenas respirando, con la caña improvisada tensada sobre el remanso más prometedor. El arte de la espera era parte de su entrenamiento: saber cuándo moverse y cuándo permanecer. No tardó más de diez minutos en sentir el tirón seco y vibrante de una presa. Era pequeña, una trucha de escamas oscuras, pero serviría.

Aquella tarde, comió con más calma. El pescado cocinado al rescoldo no tenía grandes pretensiones, pero le devolvió algo de fuerza. Después de enterrar las espinas y lavar cuidadosamente cada utensilio, se tumbó con la espalda contra una roca tibia por el sol. Observó el cielo: nubes altas, sin amenaza de tormenta. Buena señal. Pensó entonces en los días que vendrían, en la distancia que le separaba de los pilares y en los relatos de su madre, contados a la luz del fuego, sobre estructuras negras que se alzaban como lanzas rotas sobre una planicie desierta. No era solo el deseo de explorar lo que le movía, sino algo más profundo, más antiguo. Una necesidad de comprender qué era lo que su familia había guardado durante generaciones con tanto celo, sin llegar nunca a explicar del todo.

Antes de que anocheciera, recogió el campamento y siguió el curso del río durante un par de kilómetros más. La vegetación se espesaba en algunos tramos, obligándola a rodear zarzas y pantanos menores, pero también ofrecía recursos: bayas comestibles, corteza seca, incluso un panal abandonado que raspó con cuidado para obtener algo de cera y unas pocas gotas de miel.

Cuando el sol se despidió tras la línea de montañas, Sira ya había encontrado un buen lugar para pasar la noche: una pequeña cavidad en una formación rocosa que sobresalía del terreno como un diente de piedra. No era lo bastante profunda como para llamarla cueva, pero sí lo suficiente como para cubrirla del viento y la humedad. Usó ramas para construir una especie de entramado delante de la abertura y colgó su pequeña bolsa de cuero para que los olores no atrajeran animales curiosos.

La noche fue distinta a la anterior. El sonido del agua, cercano pero no opresivo, ofrecía un ritmo constante que la adormecía. El cielo claro permitía ver algunas estrellas, aunque ninguna le resultaba tan familiar como el colgante en su cuello. Se lo quitó por un momento, lo sostuvo frente a la lumbre, observando cómo la espiral de cobre reflejaba el fuego. “Encuentra lo que perdimos”, recordaba que le había dicho su madre la última noche en casa. Pero nunca le explicó qué era exactamente lo perdido.

En la madrugada, un ruido leve la despertó: un crujido. No humano, pero tampoco del viento. Se incorporó despacio, con la lanza ya en la mano, y esperó. Durante unos segundos, todo permaneció en calma. Luego, otro crujido, más cerca. Un tejón, probablemente, o un ciervo joven. Pero su cuerpo no dejaba de tensarse. No era miedo; era costumbre, una forma de estar alerta. Finalmente, no hubo más sonidos, y el sueño volvió a tomarla, denso, profundo, como el lecho del río.

A la mañana siguiente, reanudó la marcha. El sendero que ella misma iba trazando serpenteaba junto al río, pero se desviaba poco a poco hacia el sur. A lo lejos, las montañas empezaban a dibujar nuevas siluetas. Era hora de abandonar la comodidad del agua y adentrarse en terreno más abrupto, menos hospitalario. Pero con cada paso, sentía que se acercaba. No sabía aún qué encontraría en la Meseta de los Pilares, pero ya no era una imagen vaga, sino un lugar que la llamaba. Y Sira Thayn, hija de los márgenes y heredera de viejos símbolos, no pensaba ignorar esa llamada.

Erik es rojo